



Hospital de La Paz. Madrid.

Aquellas palabras dichas por el médico: “su amigo Antonio se va”, resonaron como un campanazo en los oídos de Gonzalo Asprilla mientras recordaba con una mezcla de agradecimiento y desazón el banquete que Antonio Sanromán le ofreció el día anterior, en que ambos cumplían 55 años.

Los dos habían compartido no pocas noches acurrucados en algún cajero, tendidos sobre un catre de cartón, liberándoles el sueño de su pertinaz desgracia, mientras fuera Moralarzal dormía, desiertas las calles, quietos los charcos que espejeaban reflejando trocitos del pueblo con su alma líquida.

HOY ES DOMINGO

Moralzarzal. Un día antes.

—¿Sabes que mañana es mi... nuestro cumpleaños? —preguntó Antonio cuando su compañero estaba a punto de dormirse—. Y lo vamos a celebrar, ¿eh? A lo grande.

—Ummm —rezongó Gonzalo rascándose la barba cenicienta y trabada—: no me digas, ¿has reservado en el Ritz?

—No. En el Ritz, no.

—Pues entonces cierra los ojos, duérmete y no me jodas, que estaba a punto de fugarme.

Fugarse. Así llamaba Asprilla a dormir. “Durante el sueño —decía— se abandona esta vida de mierda. Vuelves a ser el que eras antes de que la mala suerte y el destino se aliaran para pisarte el cuello. Entonces tienes otra vez 15 años, o estás en el colegio, jugando en el patio con los demás

niños, o escuchando a don Manuel, que te cubría con el halo protector de su maestría, mientras explicaba esto o aquello.

Hay otras noches en las que Carmen vuelve para perdonar mi mal humor y mi fracaso. Entonces puedo acariciar sus mejillas o incluso sumergirme en sus ojos negros. A veces hasta he sentido sus manos templadas o alguno de sus besos antes de que, con toda la razón, me abandonara”.

—¿No es curioso? —preguntó Antonio—. Nacimos los dos el mismo día, el mismo año. Tú aquí; eres cebollero como tus padres, como tus abuelos; yo en Algeciras... Y sin embargo el destino nos unió. El mismo día... el mismo año. ¿Y si nos morimos el mismo día también?—repitió.

—Joder con el gaditano —masculló desabrido el otro rascándose esta vez la coronilla después de volverse hacia su amigo.

—¿Pues sabes qué...? Mañana nos vamos a dar un banquete de padre y muy señor mío —anunció el otro ignorando las quejas—. Atención al menú: albóndigas en salsa de tomate, salmón noruego, y de postre magdalena de chocolate con *arvellanas*.

—Avellanas.

—¿Cómo dices, Gonzalo?

—Que se dice avellanas, no *arvellanas*.

—¡Uy!, disculpe señor Cervantes. No se me vaya a molestar usted. Pues eso, magdalenas con... *arvellanas*

—Y dale.

Se hizo el silencio. En el cajero exterior alguien pulsaba las teclas —pippippip— para sacar dinero.

Luego todo quedó callado hasta que Antonio volvió a hablar.

—¿No me dices nada?

—¿Qué quieres que te diga? Se me hace la boca agua, pero no vamos a comer albóndigas con tomate, ni salmón, ni magdalenas con *arvellanas*, como dices tú. ¿Se te ha ido la cabeza o qué? Nos

zamparemos un bocadillo o iremos al comedor a por un plato de lentejas, como todos los días, que no está mal, ¿no te parece?

—Ya sé que no está mal y solo podemos agradecerles lo que hacen por nosotros allí, pero mañana hay albóndigas.

—No —gruñó de nuevo Gonzalo—, si ya sabía yo que el tinto en cartón, a 63 céntimos el litro tenía que ser malo a la fuerza. Para el hígado o para la cabeza. Y a ti te ha trastornado la cabeza, de eso no hay duda.

Observó Antonio por un momento el gesto de su amigo mientras decía eso, los pelos revueltos, el ojo tuerto y los dientes desiguales de su mueca lobuna.

—Tú riéte, pero mañana vamos a que nos afeiten. Luego nos duchamos y te llevo a un restaurante a comer, que 55 años no se cumplen todos los días. Yo invito. Es en Alcorcón.

—¿En Alcorcón? ¿Y qué se nos ha perdido a nosotros en Alcorcón? ¿De qué restaurante me hablas? ¿Cómo vas a invitar tú a nada, mamarracho?

—Tú hazme caso a mí. Nos va a llevar José Luis en el coche.

—¿José Luis?

—El hijo de Pedro, el del taller.

—Lo que tú digas, Antonio, pero déjame dormir... Albóndigas con tomate y salmón, dice el desgraciado... —musitó Gonzalo, arisco como siempre, arrebujándose en su manta vieja.

—Y magdalenas.

—Y las magdalenitas, Antonio. Las magdalenitas que no vayan a faltar.

Aunque los que frecuentaban el lugar no eran capaces de distinguirlo, en el albergue olía a alcanfor y a colonia barata. Pero en la peluquería el olor era distinto. Mariano, el barbero, no pelaba a ninguna persona que requiriera sus servicios gratuitos sin pasarle antes la cabeza por un buen chorro

de agua caliente y champú, de modo que en la salita donde se pelaba, se mezclaba el aroma de la espuma de afeitar Lea y el jabón.

A regañadientes, Gonzalo había accedido a arreglarse la cabeza y la barba, de corriente enmarañadas de pelos rebeldes y sucios. Antonio, mientras le llegaba su turno, observaba divertido cómo a su amigo le cortaban el pelo después del lavado a conciencia.

—Como un dandi vas a quedar. Vas a parecer un actor de cine —le dijo.

—No sé cómo me he dejado convencer—. Gonzalo masculló una palabrota y chascó la lengua. Luego dejó que el peluquero hiciera su trabajo. Cuando acabó, los dos amigos se fueron a las duchas.

—Esto no te lo perdono. Granuja, borracho. Ganas me dan de darte una patada en los huevos. —A Gonzalo Asprilla se lo llevaban los demonios. Con el pelo y la barba recién cortados y la espuma del gel cayéndole por su piel pálida, no paraba de soltar reniegos y reproches, con el ojo sano entornado para evitar que el jabón le irritara. En tanto, Sanromán, acostumbrado al carácter huraño de Gonzalo, comenzaba a secarse con la vista puesta en la ropa nueva que le habían conseguido los servicios sociales de Moralzarzal: un par de camisas, pantalones oscuros y jerséis; todo doblado y planchado sobre una silla de plástico.

—Mira esto, Gonzalo, y deja ya de quejarte.

Gonzalo Asprilla salió de la ducha despacio, con el cuerpo chorreando y las orejas llenas de espuma.

—¿De... de dónde lo has sacado? —el tuerto se secó con rapidez pero sin poder apartar la vista de los dos billetes de diez euros que Antonio sujetaba con los dedos.

—Me los encontré ayer por la mañana en la acera, dobladitos, en la Plaza de la Fragua, no muy lejos del cajero donde pasamos las noches.

Gonzalo empezó a vestirse y observó a su amigo con un ligero ramalazo de desconfianza.

—Oye, no me mires así. ¿No creerás que lo he robado?

—No... claro, que no —contestó el otro avergonzado de haber pensado en eso, siquiera fugazmente.

—Bueno, pues termina de vestirte y vamos a celebrar nuestro cumpleaños de una santa vez.

Los dos hombres esperaban en la puerta del Ayuntamiento a que el hijo de Pedro, el mecánico, los recogiera para llevarlos a Alcorcón, pues trabajaba allí desde hacía unos años.

—Dice José Luis que...

—Que huele a madera nueva, que está limpio y que te atienden muy bien. Que hay música de fondo y puedes pasear por allí sin que nadie te pregunte. Y las albóndigas, que son famosas. Ya me lo has contado mil veces, pero sigo sin creerme que con el dinero que tienes podamos ir hasta Alcorcón, comer en un restaurante y volver a dormir a “casa”.

—Ya verás como sí.

—¿Cuánto tiempo hace que no salimos de Moralarzal, Antonio? —preguntó Gonzalo.

Silbo el algecireño.

—Ni me acuerdo, yo por lo menos; pero hace ya un buen puñado de años.

Ninguno de los dos hombres habló demasiado por el camino. Antonio estaba sumido en la emoción de aquella trivial aventura, imaginando también la cara que pondría Gonzalo cuando, por fin, y después de tanto tiempo que ni siquiera se acordaba cuánto, pudiera sentarse a comer algo que no fuera el menú acostumbrado del comedor de la calle de la Iglesia.

Gonzalo, mientras, observaba el paisaje que las afueras del pueblo le ofrecía: el Cerro Canal, La Solana y el resto montañas que se distinguían desde el pueblo.

Estaba incómodo, remiso como fue siempre a moverse de Moralarzal. Seguía además sin saber qué restaurante era aquel al que Antonio iba a llevarle, y por qué tenían que ir hasta Alcorcón.

En todo ello pensaba cuando su amigo le dio un golpecito en la rodilla y le dijo:

—Morado como los lirios me voy a poner. Y si el dinerillo da de sí, compro un vinito para la vuelta, pero en botella de cristal, nada de cartones.

—Sí. Con veinte euros dices que vamos a comer en un restaurante tú y yo. Con lo que te sobre te puedes comprar un Vega Sicilia o incluso un Don Perignon.

—Pues ándate con ojo que ya el año pasado te dio un achuchón, Antonio, a ver si te vas a volver al pueblo en ambulancia o vas a tener menú hospitalario para una temporadita —intervino José Luis, trabajador social en Alcorcón, y quien acostumbraba a ayudar en Moralarzal a toda aquella persona sin recursos que necesitara su ayuda.

—No me seas agorero. ¡55 años y como un roble!

—Bueno, bueno —dijo el que iba al volante—. Yo os dejo aquí. La tienda y el restaurante están donde el cartel grande. Os vengo a buscar a las seis —dijo el hijo del mecánico señalando un rótulo amarillo con letras azules que figuraba en lo más alto de un mástil de metal.

José Luis llevaba razón. Cuando los dos amigos entraron en la enorme tienda se quedaron pasmados, dando unos primeros pasos titubeantes, como si acabasen de atravesar la frontera a otro mundo. Ambos se quedaron observándolo todo, los techos altísimos, la iluminación, las escaleras mecánicas con gente subiendo o bajando. Y la exposición de muebles, interminable, colorida y fantástica.

—Tenemos que salir más del pueblo, Gonzalo —dijo Sanromán sin disimular su embobamiento, sonriendo a su amigo. El otro se encogió de hombros, diciendo que no se le había perdido nada allí ni en ninguna otra parte, que qué esperaba para llevarlo a comer, y que más le valía que todo eso mereciera la pena si no quería dormir esa noche con un ojo morado.

—Estás tú muy fuerte, Gonzalo. Venga, vamos a comer, anda sí, que tu sin hambre solo eres un poquito insoportable, pero con gazuza no te aguanta ni tu santa madre, que en gloria esté —dijo

aquello Sanromán sin perder la sonrisa de dientes desiguales, dándole una palmadita a su amigo, siempre mal encarado y gruñón.

Tal y como les habían dicho, todo estaba impecablemente limpio y ordenado; la comida presentada en bandejas humeantes de aluminio y los platos apilados aquí y allá.

—¿Seguro que puedes pagar esto, Antonio?

—¡Pues claro! ¿No sabes leer o qué? —preguntó a Gonzalo mientras señalaba el cartel que anunciaba la oferta con el menú y el precio—. Hoy no hay salmón, pero sí albóndigas y salchichas, así que vamos a sentarnos y a brindar, amigo mío, que la vida es una semana y me temo que tú y yo, por lo menos, vamos por el jueves o el viernes.

—Pon otro ejemplito, Antonio, pon otro ejemplito, que vaya cosas dices antes de comer, carajo —le recriminó Asprilla mientras colocaba sus cubiertos sobre la bandeja.

Delante de la mesa y durante unos segundos, los dos hombres se quedaron en completo silencio, la comida servida, caliente y apetitosa, las cervezas empañando el cristal de las copas y los dos bollos de pan envueltos en sendas bolsitas de plástico calado y transparente.

—Por cierto, vaya plaaaatazo de albóndigas. Vas a reventar como un petardo por El Rosario, Antonio.

—Bueno, no vamos quedarnos aquí como dos tontos. Se va a enfriar la comida y se nos va a templar le cerveza. Y el pan... el pan está caliente, Gonzalo.

Los dos hombres se miraron. No dijeron nada, pero en sus ojos había una mezcla de dicha y de incredulidad.

—A nadie debería faltarle esto, Antonio... —Gonzalo Asprilla dijo eso luego de abrir la bolsita con el pan, que estaba, en efecto, caliente. —Había aparcado su tono desabrido para decir eso, y ahora observaba la pieza de pan con su mirada ciclópea.

—Tú y yo tenemos suerte hoy y el resto de días que nos atienden —añadió Antonio—, pero no todo el mundo es tan afortunado.

—Recuerdo—dijo Gonzalo— que hace muchos años don Manuel, siendo yo un crío, nos encargó un trabajo sobre África. Teníamos... teníamos que recortar y pegar en una cartulina el mapa del continente y algunas fotos. Mi madre me ayudó. Una de esas fotos era la de un niño negro, escuálido, de piernas flaquísimas y comido de moscas. A veces me acuerdo de esa cara de desesperación y de tristeza —concluyó el hombre dándole un pellizco al bollo.

La megafonía llamó a un jefe de sección y luego siguió en el restaurante el ir y venir de clientes.

—Pero no podemos salvar el mundo; bastante tenemos con lo nuestro. Vamos a brindar y comer, que ya es hora —concluyó Asprilla.

Quedó Sanromán un segundo con el brazo ligeramente alzado y la copa de cerveza en la mano, media sonrisa en sus labios anémicos, la camisa blanca con los puños desgastados y el jersey remangado.

—¡Feliz cumpleaños, Gonzalo!

—¡Feliz cumpleaños! Y gracias, Antonio —dijo Gonzalo sin mucho afán.

—¿Sabes qué? —preguntó el otro mientras Asprilla daba un trago a la cerveza—: la gente lleva al cementerio flores, y yo creo que los muertos no lo necesitan. Lo que hay que llevarles es cerveza o vino y un chusco de pan como este.

Gonzalo escuchó eso y se quedó con un trozo de miga a dos centímetros de la boca, entreabierta y húmeda.

—Tú estás chalado, Antonio. ¡Menuda ocurrencia! ¿A qué viene eso? Pan y vino para los muertos... Las ofrendas las hacían los egipcios; se estudia en el colegio. Pero como tú eres más bruto que un saco de bellotas, no lo sabes. Si hubieses tenido a mi maestro no se te ocurriría decir semejante disparate.

—Ya me hubiese gustado recitar la tabla de multiplicar a coro con otros niños, como me has contado otras veces, incluso ser tú y yo compañeros de pupitre, pero no tuve esa suerte. Ni siquiera en tus sueños aparezco —dijo levantándose.

—Oye, ¿a dónde vas?

—Tenemos dinero de sobra para más cervezas. Se me seca la boca con tanta albóndiga. Ahora vuelvo —anunció Antonio sonriendo.

Regresó a la mesa enseguida. Traía cuatro botellines de cerveza helada y otro plato con albóndigas.

—Pero, Antonio...

—¿Qué quieres? Están cojonudas y son baratas. A saber cuándo podemos darnos tú y yo un homenaje como este. Anda, come, que se enfrían.

Y comieron. Comieron hasta reventar. Gonzalo Asprilla, fiel a su personalidad, no había abandonado su carácter huraño ni sus formas, pero al menos escuchó con inopinada paciencia la charlotada que Sanromán le soltó, espoleado por la comida y, sobre todo, las cervezas.

—Y ahora el postre. Voy a por las magdalenas. No tardo nada. Vuelvo enseguida —repitió.

Pero Antonio Sanromán no volvió. Desde su silla, Gonzalo vio los pasos vacilantes de su amigo, el tropiezo con una mesa, y el desplome aparatoso sobre el suelo.

—Antonio, ¿qué te pasa, hombre? Dime algo —pidió Gonzalo con una angustia que le ahogaba después de levantarse a todo correr. —Pero Antonio no contestó. Rodeado de un montón de gente tenía los ojos entrecerrados, boqueando como un pez fuera del agua, hasta que se lo llevaron camino del hospital.

Aquel era el recuerdo que Gonzalo tenía sentado en la sala de Urgencias del hospital de La Paz: el de Antonio Sanromán con la piel desvaída y aquel gesto desencajado, tumbado sobre la camilla de la ambulancia...

—Bueno, qué, ¿nos vamos?

Asprilla alzó la cabeza y vio a su amigo con el jersey aún remangado y un apósito en el brazo, donde le habían puesto la vía para el gotero. Parecía estar bien, a pesar de las ojeras y la voz.

—No te quedes ahí como un tonto, mirándome. Estoy deseando volver al pueblo.

—Oye, bastante he hecho con esperar aquí toda la noche en lugar de volverme a Moralarzal con José Luis, que se marchó hace ya no sé las horas —protestó Asprilla mientras se levantaba.

—Creía que me moría, Gonzalo. Suerte que solo haya sido una lipotimia.

—Querrás decir una indigestión.

—Eso.

—De albóndigas.

—Sí, de albóndigas.

—Vámonos ya, anda, Antonio. Estoy deseando sentarme al solecito de la plaza y dormir en el cajero, con el cartón y mi mantita, y no en este asiento maldito. Me duele todo, ¡maldita sea mi suerte!

Te digo una cosa: la próxima vez que te encuentres dinero ni se te ocurra hacer planes, ¿de acuerdo?

—Vamos, ¿no me digas que no lo pasamos bien?

—Sí. Sobre todo al final. Sal ya, botarate, que no veo el momento de volver al pueblo.

EPÍLOGO

Moralzarzal. 18 años después

Hace frío en Moralarzal. El pueblo tiene ya silencio de la tarde falleciente, la noche la penumbra hilvanada en las calles. Los dos ancianos han extendido un cartón nuevo y seco. Tumbados y tapados cada uno con su manta esperan a que el sueño les atrape. La puerta del cajero está cerrada, Gonzalo respira hondo y dice:

—Ayer me estuve acordando del numerito de las albóndigas. Ahora me rio, pero sentado en aquella silla toda la noche, en el hospital, tuve miedo, Antonio.

—Y eso, ¿por qué?

—Eres... eres mi amigo, lo único que he tenido... que tengo cierto en esta vida. Oye, estoy cansado, muy cansado hoy. Si me voy al otro barrio antes que tú, no tengas en cuenta mi mala leche, ¿de acuerdo?

—No digas disparates. Te conozco desde hace más de veinte años. Sé cómo eres. Además, soy tu amigo, y los amigos se lo perdonan todo. Ya me dirás, si no, cómo iba a aguantarte todo este tiempo.

—Ya...

—Lo que te pasa, Gonzalo, es que la soledad te da más miedo que la muerte, como a mí.

—Será eso, Antonio.

—Que descanses. Mañana será otro día.

—Sí.

“Pero, vamos a ver, Gonzalo, hijo: si te lo he explicado ya cien veces. Anda, siéntate en tu sitio y atiende mejor la próxima vez”.

Nota Asprilla un golpecito suave de don Manuel en el cogote. Luego toma asiento y ve que en el pupitre de al lado está Antonio.

Después el aula desaparece, las imágenes cambian bruscamente. No. No son como siempre, como en los otros sueños. Ahora todo es nítido, palpable. Extraño.

—Vamos, pasad —dice una voz que Gonzalo no sabe identificar. Luego mira a su derecha y ve que Antonio sigue a su lado, joven y sereno. Feliz.

La mañana enciende los contornos de Moralzarzal. A las afueras, como gigantes dormidos, postrados sobre el horizonte, se dibuja Canto Hastial, Cerro Lechuza y El Estepar. También espera, callada y solemne, la iglesia de San Miguel Arcángel, callado el campanario lo mismo que la mañana que nace.

Los cuerpos de los dos hombres permanecen en el cajero, pero Antonio Sanromán y Gonzalo Asprilla no están ya allí.

Ven críos corriendo en pos de un balón y escuchan un coro de voces recitando la tabla de multiplicar.

—¿Qué día es hoy, *Antonio?*,—pregunta *Asprilla* pasándole el brazo por el hombro a su amigo, en un gesto inédito.

El otro lo mira y sonríe.

—*Domingo, Gonzalo. Hoy es domingo.*